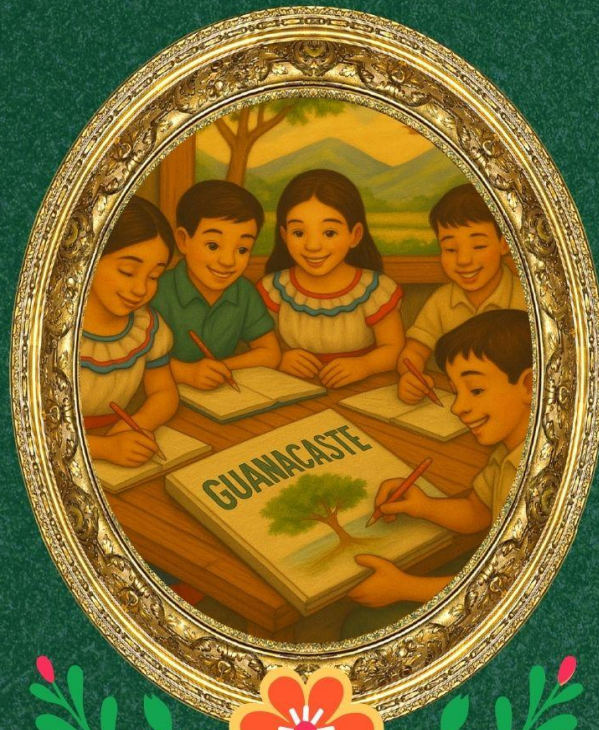


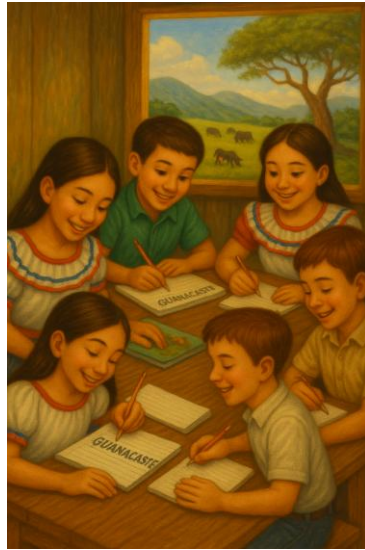


Relatos de mi tierra

Antología de cuentos ganadores del concurso: Relatos de mi Tierra 2025
Dirección Regional de Educación Cañas



Relatos de mi tierra



Antología de cuentos ganadores del concurso: Relatos de mi Tierra 2025

Dirección Regional de Educación Cañas

© 2025 Dirección Regional de Educación Cañas
Todos los derechos reservados.

Esta antología es una recopilación de cuentos escritos por estudiantes de la Dirección Regional de Educación Cañas, de distintos niveles de primaria y secundaria, así como funcionarios.

Todos los cuentos incluidos en esta antología son propiedad intelectual de sus respectivos autores.

Esta obra se publica bajo una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Esto significa que está permitido copiar, distribuir y compartir esta publicación con fines educativos y no comerciales, siempre que se dé el crédito adecuado a los autores y no se modifique el contenido.

Para más información sobre esta licencia, visite: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



Relatos de mi tierra

Cuentos inspirados en los pueblos de la Dirección Regional de Educación Cañas, Guanacaste.
Costa Rica





Antología de cuentos ganadores del concurso: Relatos de mi tierra 2025

**Organizado por la Asesoría Regional de Capacitación y Desarrollo Educativo y
la Red de Bibliotecólogos de la Dirección Regional de Educación Cañas**





Algunos cuentos fueron corregidos y adaptados en estructura y narrativa, manteniendo la esencia original y mejorando la gramática, ortografía y redacción.

Producido, editado y revisado por: Meysbol Torres Herrera, Asesora Regional de Capacitación y Desarrollo Educativo de la Dirección Regional de Educación Cañas.

Créditos:

Editora: Meysbol Torres Herrera

Diseño gráfico e ilustraciones generales: Meysbol Torres Herrera

Jefa de Asesorías Pedagógicas: Olga Cristina Badilla Huertas

Jefe del Departamento Administrativo y Financiero: Gerald Murillo Rodríguez

Director Regional: Wilmer Alvarado Fonseca

Miembros de jurado primaria:

Meybol Vargas Contreras

Mónica Gutiérrez Chaves

Oscar Aguilar Pacheco

Adriana Sánchez Ugalde

Marlon Antonio López Loáiciga

Miembros del jurado secundaria:

Karla Chaverri Zamora

Carmen Elena Gallardo Escobar

Yorleny Molina Barrantes

Jacsiry Núñez Loáiciga

Anayansy Duarte Herra

Yahaira Loría Herrera

Grettel Murillo Espinoza

Miembros del jurado funcionarios:

Lizabeth Arce Wong

Cynthia Porras Arias

Humberto Bravo Borbón



**"El que tiene un libro no está
ni aburrido ni solo."**

Santiago Porras Jiménez

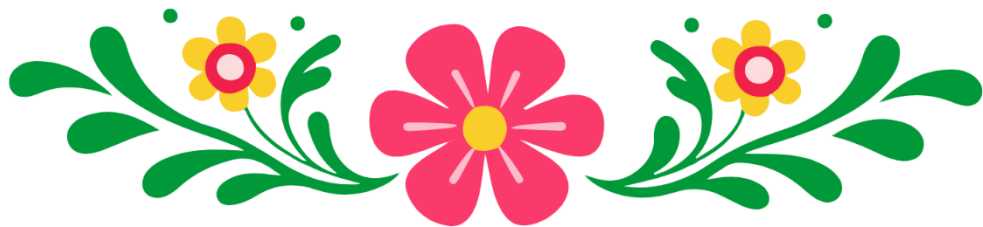


Índice



| | |
|-------------------------------------------------------------|----|
| PRIMARIA..... | 11 |
| Un día en el escarbadero..... | 12 |
| Relatos de mi tierra: El tesoro de Tilarán | 15 |
| Relatos de mi tierra: El secreto de Tilarán | 18 |
| El rinconcito de los apodos..... | 21 |
| Vivencias guanacastecas de don Wilbert | 24 |
| SECUNDARIA | 26 |
| Orgullo Cañero | 27 |
| Costa de Oro | 32 |
| Relatos de mi tierra: Mi tierra, mi lucha y mi familia..... | 35 |
| El Almendrón..... | 38 |
| La vida antes del lago | 41 |
| Relatos de mi tierra: Los niños y sus travesuras | 46 |
| Tilarán: Donde el viento cuenta historias..... | 49 |
| La Cumbre Nubosa | 52 |
| La llama de piedra verde | 56 |
| La perla de la esperanza | 61 |
| El valle de Colorado..... | 66 |
| FUNCIONARIOS | 70 |
| El niño que quería ser boyero..... | 71 |

PRIMARIA



Un día en el escarbadero

En una pequeña provincia de Costa Rica llamada Guanacaste, vivía don Abundio, un cusuco muy gentil. Estaba casado con doña Petronila, a quien de cariño todos llamaban “Petro”. A doña Petro le encantaba cocinar tortillas, y su esposo siempre decía que le quedaban deliciosas. Juntos tenían dos hijas: Delma, de cinco años, y Rosa, de ocho.

¡Pero tengo que contarles dónde vivían! Esta hermosa familia habitaba en un barrio del Escarbadero, rodeado por un gran bosque seco lleno de árboles como: el pochote, cornizuelo, malinche y guanacaste. Su hogar era una acogedora casa de tablones de pochote, con piso de tierra que doña Petro barría y regaba con esmero. A un lado de la casa había un gran alar, y un corredor amplio adornado con matas de helecho, cara de mula y lenguas de suegra. El techo era de teja, y doña Petro solía subirse por una escalera de madera para limpiarlo mientras tarareaba una canción que decía así:

“Junto al río Corobicí, está el lugar donde nací,
con las cosas más hermosas que se pueda imaginar,
y que aún están intactas con su ambiente natural.
Que cuando alguien nos visite, siempre quiera regresar.
¡Suenen, suenen las marimbas para alegrar todo Cañas!
¡Suenen, suenen las guitarras al compás de esta canción!
Que se sepa en el mundo que no existe nada mejor,
pues aquí solo se encuentran amigos con una sonrisa en el corazón.”



Una mañana, doña Petro, don Abundio y sus hijas se levantaron a las cinco de la mañana para ir a desayunar tortillas al comal de su amiga, doña Mauricia. Doña Mauricia era una gallina alegre, amante del baile folclórico y de compartir con sus amigos. Tenía un hijo llamado Gerardo, de nueve años.

También iban a encontrarse con doña Asunción, una chicharra amable y aventurera, madre de dos hijos: Guillermo, de seis años, y Petunia, de ocho.

En el camino, don Abundio y doña Petro se detuvieron en un nuevo comisariato. Mientras curioseaban, a doña Petro se le ocurrió comprar una horchata y unos panes para compartir por la tarde. Al llegar a casa de doña Mauricia, el delicioso aroma de las tortillas llenaba el ambiente, y doña Petro no podía esperar para probarlas. Poco después llegó doña Asunción, y todos disfrutaron juntos un desayuno de tortillas, frijoles, natilla y café.

Después del desayuno, se dirigieron al parque central para celebrar a San José, patrono de la comunidad de Cañas. La gente ya disfrutaba de bailes típicos, marimbas, música, juegos para los niños como el sapo bocón y la moneda. La alegría duró horas, y cuando decidieron regresar, los niños pidieron quedarse en casa de don Abundio y doña Petro para seguir jugando a las bolinchas, jackses, elástico, suiza y cromos.

Por la noche, los adultos encargaron a la vecina el cuidado de los niños y se fueron a la grupera a bailar. Disfrutaron hasta la medianoche. Al regresar, antes de despedirse, doña Asunción propuso una nueva aventura: presentarse en la tarima del bosque seco al día siguiente. Don Abundio tocaría la marimba, doña Petro el güiro, doña Asunción el quijongo y doña Mauricia bailarían folclor.

La presentación fue un éxito. Luego, todos se refrescaron con una leche dormida mientras las mascaradas pasaban por la calle. Al volver a casa, los niños, emocionados, preguntaron si algún día ellos también podrían tocar en la tarima, bailar como doña Mauricia o tocar instrumentos como don Abundio.

Los adultos sonrieron con orgullo, sabiendo que las tradiciones del pueblo seguirían vivas en las nuevas generaciones. Porque en el Escarbadero, cada tortilla al comal, cada baile en la grupera y cada nota de marimba alimenta el alma de la comunidad, que permanece unida por la alegría, la cultura y el amor que se tienen unos a otros.

Michelle Sofía Arias Suárez
Escuela Antonio Obando Espinoza

Este cuento contiene estrofa de la canción “Canto a Cañas” letra y música de German Arredondo Guevara.



Relatos de mi tierra: El tesoro de Tilarán

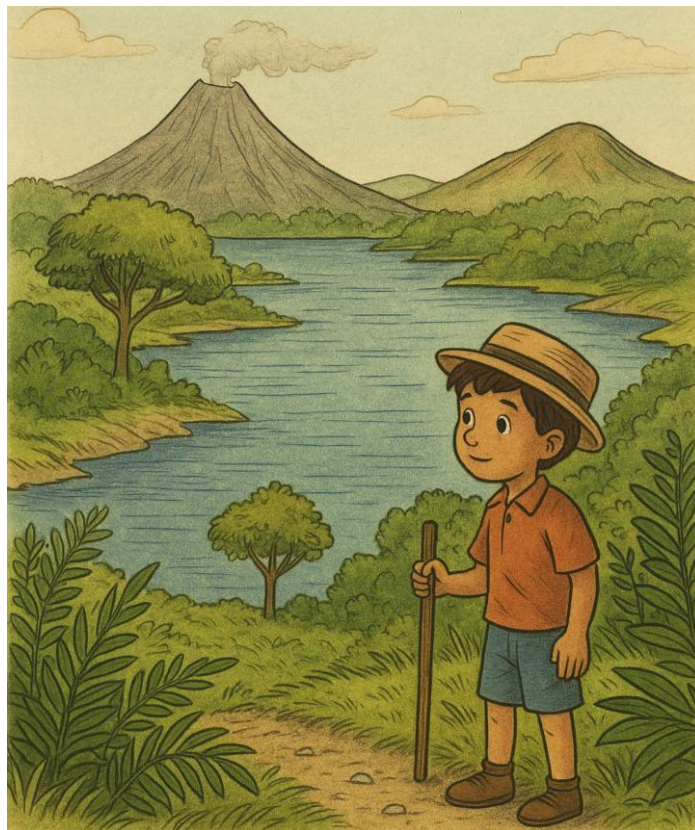
Había una vez, en el corazón de Costa Rica, un pequeño pueblo llamado Tilarán. Rodeado por la majestuosidad de las montañas y los verdes paisajes. Tilarán era un lugar donde el tiempo parecía detenerse. Sus habitantes vivían en paz, como si fueran parte del mismo paisaje que los rodeaba. Sin embargo, lo que muchos no sabían era que aquel pueblo escondía un tesoro que solo unos pocos conocían.

Un día, un niño originario de Tilarán decidió buscar ese tesoro. Atraído por las historias que su abuela le contaba, no creía en cuentos de hadas ni en leyendas, pero sentía una curiosidad insaciable por descubrir la verdad. Así, junto con su familia, emprendió el viaje.

Caminaron durante horas por el espeso bosque, rodeados de animales silvestres y el canto de las aves. Finalmente, llegaron al pie del Volcán Arenal. Era un volcán gigantesco que se alzaba hacia el cielo, como si intentara tocar las nubes.

Con el corazón latiendo con fuerza, el niño se acercó al volcán y, en voz baja, le susurró:

—¿Es cierto que conoces el camino para encontrar el tesoro?



Al principio, todo permaneció en silencio. Pero luego, como si el viento hablara, una voz suave y profunda emergió desde las entrañas del volcán:

—Sí, niño.

El niño, sorprendido, preguntó:

—¿Qué debo hacer para conocer el camino y encontrar el gran tesoro?

La voz del volcán respondió con calma:

—Tilarán está lleno de riquezas, pero no todos están dispuestos a cuidarlas. Busca el agua del Lago Arenal, donde las aguas guardan el poder ancestral. Solo cuando comprendas el equilibrio entre la naturaleza y el ser humano, podrás descubrir el verdadero tesoro que guarda Tilarán.

Confundido pero decidido, el niño regresó a casa. Durante los días siguientes, comenzó a explorar y encontró el Lago Arenal, así como las leyendas sobre el poder oculto en sus aguas. Descubrió que, desde tiempos antiguos, los pueblos cercanos rendían homenaje al lago y cuidaban sus ecosistemas con reverencia, creyendo que el agua era un regalo sagrado de la tierra.

Con el tiempo, el niño comprendió que el gran tesoro al que se refería el volcán no era una riqueza económica, sino la riqueza natural: el Volcán Arenal, Cerro Pelado, la Laguna Arenal, la Catarata de Líbano, el Cerro Tovar (Parque del Viento), y todo el paisaje espectacular que rodeaba su tierra.

Inspirado por este descubrimiento, el niño organizó a los habitantes de Tilarán para proteger su entorno. Restauraron la armonía con el lago y sus alrededores, y se aseguraron de que las futuras generaciones comprendieran la importancia de vivir en equilibrio con la naturaleza.

El pueblo, unido por el esfuerzo del niño, comenzó a florecer nuevamente. Sus habitantes se comprometieron a cuidar la tierra, respetar el agua del lago y preservar sus tradiciones ancestrales. Y aunque el volcán nunca volvió a hablar, su presencia permaneció en los corazones de todos como un recordatorio de que el verdadero tesoro no está en lo material, sino en el amor y respeto hacia la tierra que nos sostiene.

Y así, Tilarán continuó siendo un lugar próspero y lleno de vida, donde la conexión entre la gente y la naturaleza jamás se rompió. Un pueblo bendecido por Dios.

Neythan Vega Bastos

Escuela El Carmen



Relatos de mi tierra: El secreto de Tilarán

En lo alto de las montañas de Tilarán, donde el viento sopla entre los árboles y las nubes juegan a las escondidas con el sol, vivía Amber, una niña que amaba su tierra más que a nada en el mundo.



Cada tarde, después de hacer sus tareas o salir de clase, salía a caminar con su abuela por los senderos verdes que rodeaban su hogar. A Amber le encantaba escuchar las historias que su abuela le contaba, porque cada una guardaba un pedacito de la historia de Tilarán.

—Abuela, ¿por qué este lugar es tan especial? —preguntó Amber con curiosidad mientras contemplaban el paisaje.

La abuela sonrió y miró hacia el horizonte.

—Porque aquí tenemos todo lo que hace grande a Guanacaste —respondió—. Tenemos el viento que mueve nuestras torres eólicas y nos da energía, las montañas que protegen nuestro

pueblo, el ganado que alimenta a nuestra gente y, lo más importante, nuestras tradiciones y nuestra historia.

Amber asintió. Había visto cómo el viento hacía girar los enormes molinos de energía eólica en las montañas, algo que muy pocos lugares en el mundo tenían.

—¿Y qué hay de nuestras leyendas, abuela? —preguntó emocionada.

La abuela se acomodó el delantal y dijo con una sonrisa:

—Ah, mi niña, hay muchas... Pero una de las más antiguas es la del Toro Encantado del Lago Arenal.

Amber abrió los ojos con asombro.

—Dicen que hace muchos años, cuando el Lago Arenal aún no existía como lo conocemos hoy, un enorme toro negro de ojos brillantes aparecía en las noches de luna llena. Se decía que era el espíritu guardián de la naturaleza y que solo los más valientes podían verlo. Si alguien intentaba atraparlo, desaparecía en una nube de viento y agua.

Amber sintió un escalofrío, pero también una gran admiración por las increíbles historias de su pueblo.

—Abuelita, ¿qué más hace especial a Tilarán?

La abuela la miró con ternura y respondió:

—Nuestra música, nuestra comida y nuestra gente. Aquí en Tilarán, los compositores alegran nuestras fiestas con su música, el gallo pinto y las tortillas palmeadas llenan nuestras mesas, y nuestras actividades como la pesca en el lago, deportes acuáticos, los recorridos por hermosos

senderos naturales y los viajes en bote o catamarán nos conectan con la belleza de nuestro entorno. Pero lo que más nos hace especiales es el amor que sentimos por nuestra tierra.

Amber observó a su alrededor. Sí, su tierra era especial. Quería que el mundo entero supiera lo hermoso que era Tilarán y todo lo que su gente tenía para contar.

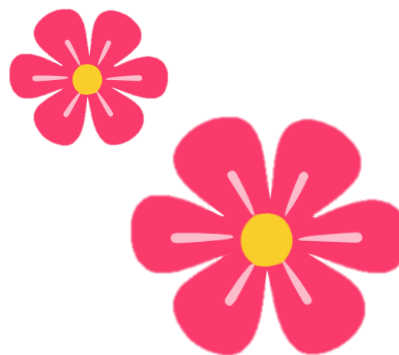
—Abuela, cuando sea grande, contaré estas historias a todos, para que nadie olvide lo valioso que es nuestro pueblo.

La abuela la abrazó con orgullo y le dijo:

—Así es, mi niña. Tus historias llegarán lejos y serán publicadas en grandes libros. Esa, mi niña, es la mejor manera de honrar nuestras raíces.

Desde aquel día, Amber nunca dejó de compartir los relatos de su tierra, para que las historias de Tilarán vivieran para siempre en el corazón de todas las personas que las escucharan.

Amber Vásquez Cortés
Escuela José María Calderón Mayorga



El rinconcito de los apodos

Lili era una niña curiosa que vivía en San José, capital de Costa Rica. Un día, sus padres, don Carlos y doña Rebeca, le contaron que harían un viaje muy especial al pueblo donde ellos crecieron: un hermoso rincón de Tilarán llamado Tronadora.

—Es un lugar muy fresco, con mucho viento, zonas verdes, días soleados y un lago precioso—le decía su papá con entusiasmo—. Cuando éramos jóvenes, íbamos a caminar a orillas del lago y pescábamos guapotes en sus aguas tranquilas y limpias.

Lili escuchaba fascinada. Aquella noche empacó sus cosas con mucha ilusión y se durmió deseando que amaneciera pronto.



A la mañana siguiente, partieron muy de madrugada rumbo a Tronadora. Al llegar, Lili se asomó por la ventana del carro y quedó maravillada al ver el hermoso parque que daba la bienvenida a los visitantes. Pidió permiso para ir a conocerlo y, al bajar, cruzó un pequeño puente del parque donde encontró un cartel que contaba la historia del viejo Tronadora.

Después del paseo por el parque, sus padres la llevaron al supermercado El Chino. Mientras caminaban por el pueblo, Lili escuchó que alguien gritaba:

—¡Hola, *Pata 'e Fierro!*

Lili se sorprendió. Nunca había escuchado un nombre tan curioso.

—¿Así le dicen de verdad? —se preguntó bajito.

Ya en el supermercado, escuchó a dos hombres hablar sobre las parcelas y mencionar a un tal *Juan Ganzo*. La niña no podía creer lo que oía. Todos parecían tener apodosos muy peculiares.

Cuando regresaron al carro, sus padres decidieron visitar un lugar muy conocido del pueblo llamado La Garrapata, una hermosa zona a la orilla del lago. Como hacía mucho que no iban, preguntaron direcciones a unos hombres del camino. Las indicaciones fueron muy particulares:

—Bajan donde *Poncho*, siguen quinientos metros a la izquierda hasta donde *Lulo*, y después a la derecha hasta la casa de *Jalapeño*.

Lili no entendía nada, pero sus padres, que habían vivido ahí muchos años, sí lograron encontrar el camino. Pronto llegaron a La Garrapata y prepararon una merienda familiar. La niña estaba feliz, el lugar era aún más hermoso de lo que imaginaba.

Después de comer, Lili fue a correr un rato por la orilla del lago. De pronto, un gran perro apareció y casi la muerde. Por suerte, su dueño salió rápidamente a detenerlo.

—¡Lo siento mucho! —dijo el hombre—. Me llamo Elvin, aunque todos me conocen como *Perico*.

Lili lo miró con curiosidad y respondió:

—Mucho gusto, yo soy Lili... pero no tengo apodo.

—¿No?! —exclamó Perico, sorprendido—. ¡Aquí en Tronadora casi todos tienen un apodo!
Es parte de nuestra forma de ser, de nuestra cultura.

Después de conversar un rato, Lili regresó con sus papás y les dijo emocionada:

—¡Me encantó este lugar! El clima, la naturaleza... ¡todo es mágico! Pero lo que más me llamó la atención son los apodos. Aquí la mayoría de las personas los usan con cariño, y nadie se enoja por ellos.

Sus padres sonrieron. Ellos sabían que esa era una de las cosas que hacía único a su querido Tronadora.

La familia se quedó unos días más y luego regresó a San José. Pero desde entonces, cada vez que podían, volvían al pueblo al que ahora llamaban con cariño “El rinconcito de los apodos”.



Danna López Álvarez
Escuela de Tronadora

Vivencias guanacastecas de don Wilbert

Don Wilbert era un hombre trabajador, de esos que con orgullo llevan en el alma la tierra guanacasteca. Cada mañana salía al campo a arrear el ganado, y luego, junto a su esposa, sembraba maíz en la pequeña parcela que cuidaban con esmero. Esa era su rutina diaria, aunque

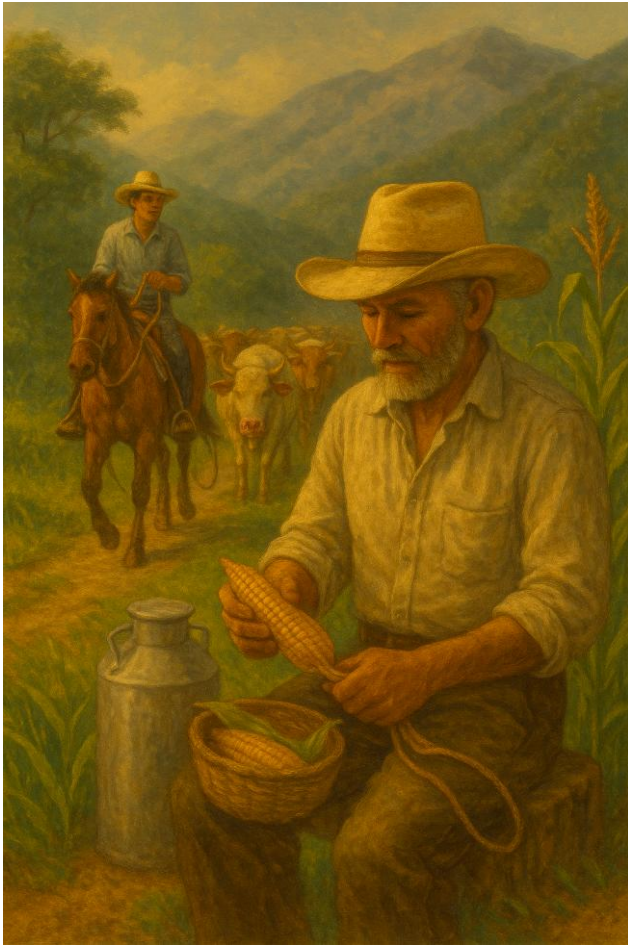
se permitía descansar los sábados y domingos, disfrutando de su hogar y de una buena taza de café.

Un día, mientras iba a revisar un tubo roto en la finca, tuvo que atravesar la montaña. En el camino, se encontró con su sobrino Javier, quien también tenía un problema con el agua.

—¡Tío Wilbert! —le dijo Javier—. ¿Me puede ayudar a arreglar un tubo que está dañado?

—Con gusto, sobrino, pero a cambio me ayudas luego a arrear el ganado hasta una finca que tengo del otro lado del cerro —respondió el tío.

Ambos se pusieron manos a la obra y lograron reparar el tubo. Antes de comenzar la arriada del ganado, pasaron por la casa de don Wilbert para tomar café con gallo pinto y tortillas palmeadas, como buenos guanacastecos.



Montaron sus caballos, se colocaron los sombreros y partieron rumbo a la finca, arreando el ganado por los verdes potreros. Todo iba bien hasta que llegaron a la parte más difícil del camino: una empinada montaña envuelta en neblina.

—¡Con cuidado! —advirtió don Wilbert.

Pero, en un descuido, una de las vacas se desvió y cayó por un barranco. Javier fue el primero en notarlo.

—¡Tío, tío! ¡La vaca se cayó por el barranco!

Sin perder tiempo, los dos arrieros tomaron sus sogas y, con mucha destreza y esfuerzo, lograron rescatar al animal. Aunque agotados, no se rindieron. Finalmente, llegaron a la finca de Javier con todo el ganado sano y salvo.

Don Wilbert regresó a su casa ese mismo día. Sacó leche de una de sus vacas y preparó una deliciosa cuajada. Luego descansó del arduo trabajo. Al día siguiente, se levantó temprano para cosechar la milpa que había sembrado meses atrás. Con la cosecha, su esposa preparó unas sabrosas rosquillas y un espeso atol que compartieron con los vecinos.

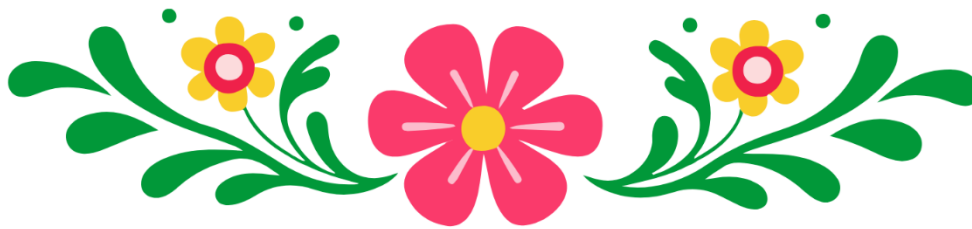
Porque así son los guanacastecos: trabajadores, solidarios y orgullosos de su tierra. Don Wilbert retomó su rutina con más fuerza, convencido de que, como dice el dicho, “los guanacastecos no se rinden”.



Santiago Campos Cordero

Escuela Técnica de Colorado

SECUNDARIA



Orgullo Cañero

La cancha de la plaza Colón estaba llena de personas, bailando al compás de la música que sonaba por los altavoces. Las carpas de comida humeaban con el delicioso olor de churros, chorreadas, manzanas caramelizadas y muchas delicias más. En las atracciones, niños y jóvenes hacían fila para divertirse entre amigos. Los gritos y vítores de los espectadores del redondel retumbaban por todo Cañas. ¡Eran las Fiestas de Marzo!

Entre toda esa alegría, se encontraba Iliana Castillo, una joven de veintidós años, nacida y criada en Cañas, orgullosa de sus raíces y defensora de su identidad. El primer día de celebración salió con su grupo de amigos para disfrutar juntos de las fiestas. Comieron entre risas y bromas, subieron a cada atracción más de una vez y se divertieron como nunca. ¡Claro que sí! ¿Cómo no hacerlo si eran las fiestas más esperadas del año?

Al final del día, Iliana y sus amigos se sentaron en una esquina de la calle, bebiendo refrescos y descansando. De pronto, pasó frente a ellos un grupo de cinco o seis personas que, a diferencia de los demás, no reían ni mostraban entusiasmo.

—¿Por qué se quejan? —preguntó Iliana, molesta—. ¿Es que no ven lo bellas que son nuestras celebraciones?

—La verdad, no lo vemos. Esto está aburridísimo. Las fiestas de Cañas son las peores —respondió una chica del grupo, con desdén.

A ninguno del grupo de Iliana le agradó aquel comentario.

—¿Y cómo estás tan segura de eso, ah? —le reclamó uno de sus amigos.

—Porque lo estoy viendo con mis propios ojos —respondió ella, sin vacilar.

Entonces, a Iliana se le ocurrió una idea.

—A ver, a ver. Hagamos algo, ¿les parece? —todos asintieron con curiosidad—. Mañana, vuelvan a esta misma acera a las cinco y cincuenta de la mañana.

—¿A esa hora? ¿Para qué?



—¿De verdad quieren seguir creyendo que estas fiestas son “las peores”? Quiero ver si piensan lo mismo después de unos días.

—Está bien, aquí estaremos —respondió uno del grupo, con tono burlón.

Y dicho y hecho: al día siguiente, a las 5:50 a.m., los cinco estaban allí. Miraban a su

alrededor, tal vez preguntándose por qué los habían citado tan temprano. Iliana se acercó algo nerviosa, esperando que su plan funcionara.

—Bien, ahora... ¿qué hacemos?

Antes de que pudiera terminar la frase, se escuchó a lo lejos el sonido de trompetas. ¡La Diana!

Un carro avanzaba lentamente por la calle principal, frente a la plaza Colón, llevando a los músicos que tocaban con entusiasmo canciones típicas como *El torito*, *La chichera*, *El cucaracho* y *La cadenita*. La gente salía de sus casas para disfrutar del espectáculo. Iliana, sin decir nada, observó de reojo a los visitantes, quienes ya movían los pies y las manos al ritmo de la música. Ella sonrió en silencio.

—¿Y? ¿Qué tal? —preguntó después.

—Estuvo bien... —admitió el joven más alto, mordiéndose la mejilla por dentro.

Iliana supo que iba por buen camino.

—¿Quieren ver más?

—¿Qué propones? —preguntó otra de las muchachas.

—Vuelvan hoy a las siete de la noche. Nos vemos en las mesas cerca de las carpas de comida.

Dudaron un poco, pero aceptaron.

Esa noche, todos llegaron puntuales, vestidos para la ocasión. Iliana tenía una sorpresa: pasó por un puesto de churros y compró cinco rellenos y cinco sencillos. Al llegar, les entregó las cajitas con una gran sonrisa.

—¿Y esto? —preguntaron, recibiendo los churros.

—Pruébenlos —les dijo—. Son rellenos de dulce de leche, y los otros son sencillos. ¿Qué les parece?

—Están buenísimos —respondió el chico alto—. ¿Solo a esto vinimos?

—De hecho, no. Vengan conmigo al redondel Chorotega, el primer redondel de Costa Rica, antes llamado: Plaza de toros La Monumental Chorotega. ¡Yo invito!



Y así fue. Lograron conseguir excelentes asientos. El redondel Chorotega estallaba en emociones: la gente gritaba, golpeaba los barrotes con botellas vacías, los toros brincaban por doquier y los montadores volaban por el aire, corriendo luego como si sus vidas dependieran de ello. Iliana volvió a mirar de reojo a sus acompañantes: todos sonreían con entusiasmo.

Durante toda la semana, Iliana los llevó a descubrir distintos aspectos de las fiestas: bailes, desfiles, comidas, tradiciones... hasta que llegó el último día de celebración.

Ya eran buenos amigos. Entonces, Iliana quiso saber:

—Y bien... ¿qué tal? ¿Siguen pensando lo mismo?

Todos se miraron y sonrieron.

—¿Sabes qué? Sinceramente... nos ha encantado todo —dijo uno de ellos—. Lamento haber juzgado sus costumbres. Todo esto es precioso.

Se despidieron con cariño. Así Iliana volvió a casa más feliz que nunca. ¿Saben por qué? Porque defendió con orgullo su cantón, Cañas, y logró que otras personas descubrieran lo maravilloso que es.

Samantha Murillo Solís

CTP de Cañas



Costa de Oro

En la cálida costa de Guanacaste, donde el sol besa las playas de arena blanca y las aguas del Pacífico brillan como un manto de oro, conoceremos a una joven llamada Sofía. Era una artesana habilidosa, conocida por sus hermosas piezas de cerámica nicoyana, que reflejaban la rica tradición cultural de la región y que realizaba los fines de semana en casa de sus abuelos. Cada una de sus creaciones era un tributo a la historia y al folclore guanacasteco, donde las leyendas y los mitos se entrelazan con la vida cotidiana.

Sofía era apasionada y curiosa, con una sonrisa que iluminaba cualquier lugar. Su cabello oscuro y sus ojos brillantes parecían reflejar el mar que tanto amaba. Cada mañana en casa de sus abuelos se levantaba temprano para ver el amanecer sobre el océano, un ritual



que la llenaba de energía y creatividad para enfrentar el día. Ella conocía muchos puertos y playas, uno de los más cercanos a su hogar era Puerto Conchal en Colorado de Abangares, allí iba de vez en cuando con sus padres a comprar pescados y camarones para hacer ceviche.

Sofía vivía en Cañas, pero pasaba todas sus vacaciones en casa de sus abuelos, sus abuelos paternos vivían en Nicoya y los maternos en Santa Cruz.

Un día soleado, en la playa de Tamarindo, la vida de Sofía cambió para siempre. Mientras caminaba por la orilla en compañía de uno de sus abuelos, encontró un antiguo mapa descolorido por el paso del tiempo. El pergamino indicaba la ubicación de un sitio misterioso en la península de Nicoya, donde, según la leyenda, descansaba un tesoro oculto desde hace siglos. El oro y los secretos habrían sido protegidos por un cacique ancestral, decidido a mantenerlos a salvo de intrusos extranjeros.

Intrigada por el misterio, Sofía decidió emprender una travesía llena de incertidumbre y expectativas. Su objetivo no era solamente encontrar el tesoro material, sino también descifrar los enigmas del pasado, y descubrir el verdadero legado escondido entre las arenas del tiempo.

Contó con la ayuda de su abuelo Carlos, un pescador amable y experimentado, con un profundo conocimiento de las aguas del golfo de Nicoya. Carlos era un hombre de barba canosa y mirada sabia, cuyas historias capturaban la imaginación de quienes las escuchaban. Su risa, contagiosa y cálida, hacía que cualquiera se sintiera en casa.

Juntos navegaron por la costa hasta alcanzar una pequeña isla oculta en el horizonte marino. Estaba rodeada de arrecifes de coral y bosques de manglares, donde las aves marinas anidaban en paz, al ritmo del viento y las olas. Al caer la tarde, el cielo se teñía de tonos cálidos y el sol parecía arder sobre las aguas cristalinas.

Mientras preparaban la cena junto a una fogata, Carlos comenzó a contar historias de su infancia en la costa: cómo su propio abuelo le enseñó a lanzar el sedal para pescar y, al mismo tiempo, le inculcó un profundo respeto por el mar y por todo lo que de él provenía.

La historia de Sofía y Carlos se convirtió, con el paso del tiempo, en una leyenda transmitida de generación en generación en la *Costa de Oro*. Enseñaban a los más jóvenes que la verdadera riqueza no se mide en oro ni en joyas, sino en el legado cultural, el respeto por la naturaleza y la conexión con la historia local.

Y así fue como Sofía y Carlos añadieron otro capítulo al eterno relato del tesoro de Guanacaste: un paraíso donde el sol acaricia las costas doradas, y donde la emoción por la aventura nunca desaparece.

Jusbell Jonás Solano Salguera

Liceo Miguel Araya Venegas



Relatos de mi tierra: Mi tierra, mi lucha y mi familia

En un pequeño pueblo que contiene parte de la historia de nuestro bello Costa Rica, se desarrolla una historia donde el amor, la fe, la esperanza, la unión familiar y la fortaleza son los verdaderos protagonistas.

Este lugar se llama: Bebedero, un nombre singular que proviene de los tiempos en que el ganado bajaba al río, también llamado así: a beber agua. En esta comunidad vivía una familia muy feliz, formada por Marcos, el papá; Marcela, la mamá; y sus dos hijas, Rebeca y Sol. A esta familia le encantaba compartir con sus amigos y con otras familias del pueblo.

Marcos era un hombre trabajador, honrado, responsable y muy cariñoso. Marcela, su esposa, era una mujer dedicada al hogar, abnegada y responsable. Para ella, su familia era lo más importante en la vida. Las niñas eran como luceros que iluminaban ese hogar.

Esta familia amaba Bebedero, pues ahí veían futuro; en este pequeño pueblo existen grandes empresas como el Ingenio Taboga que dan empleo en la zona. La principal actividad económica es la producción de la Caña de Azúcar que se aprovecha también para la producción de Alcohol. También se da la producción de Arroz y desde



hace unos años de Tilapia. Marcos era un hombre que sabía aprovechar estos recursos para suplir las necesidades de su familia. El abundante caudal del río Bebedero le permite desarrollarse además como atractivo turístico, lo cual aprovecharía el resto de la familia. Esos eran sus planes.

Con mucho esfuerzo, Marcos y Marcela lograron cumplir su sueño de comprar una casita propia. Hasta entonces, habían vivido con los padres de Marcela. Pero, aunque parecía un gran paso, tal vez hubiese sido mejor quedarse en su antiguo hogar.

La historia cuenta que en su nueva casa vivía, justo al lado, Juana, prima de Marcela: una mujer difícil, de carácter fuerte y corazón duro.

Pronto comenzaron los problemas entre ellas. Las discusiones y las diferencias crecieron hasta que, con el paso del tiempo, la situación se volvió insostenible. Un día, Marcela reaccionó de forma impulsiva y, lamentablemente, lo hizo de la



peor manera, actuando con ira contra Juana, esta historia como pueden leer también nos habla de errores cometidos. La situación llegó a tal extremo que fue necesaria una mediación médica. Juana, llena de rencor, tomó la decisión de demandar, pidiendo que todo el peso de la ley cayera sobre Marcela.

Como consecuencia, Marcela tuvo que abandonar el pueblo, lo que la llevó a desplazarse de un lugar a otro. Para ese entonces ya había nacido su tercera hija, Victoria. Ella, junto con Rebeca y Sol, tuvo que quedarse con sus abuelos, lejos de su mamá. Marcos, por su parte, se vio obligado a viajar a otro país para trabajar y conseguir dinero luego de la zafra, con la esperanza de

pagar a un abogado que pudiera defender a su esposa. Con mucha fe, le pedían a Dios que Marcela no fuera enviada a prisión.

Con el tiempo, Marcela fue enjuiciada, pero gracias a la fe y el amor a Dios, logró recibir una casa donde podía convivir nuevamente con sus hijas y esposo, aunque por un tiempo no podía regresar a la casa que Marcos le había construido con tanto esfuerzo. Sin embargo, su familia como siempre permanecía unida.

Fue una etapa llena de sufrimiento y dolor. Marcela no pudo estar presente en muchos momentos especiales de la vida de sus hijas: actividades escolares, noches en que la buscaban y no la encontraban, días en que la necesitaban y no podían abrazarla. A pesar de todo, esta dura experiencia les enseñó a ser más fuertes, a unirse más como familia y a valorar cada instante juntos, aprendiendo de sus errores y convirtiendo las situaciones negativas en aprendizajes positivos.

Las niñas crecieron y se convirtieron en mujeres valientes, que aprendieron a valerse por sí mismas y a enfrentar la vida con coraje. Hoy, su mayor anhelo es poder vivir todos juntos de nuevo, en esa casita que los espera con los brazos abiertos en su amado: Bebedero.

Este es un verdadero relato de mi tierra, un cuento de mi pueblo... y la historia de mi vida.

Eimy Gabriela Vargas Alfaro

Liceo de Bebedero



El Almendrón

Hace mucho tiempo, en un pueblo llamado Pozo Azul, existía una leyenda que todavía pone los pelos de punta a quienes la recuerdan: la leyenda del Almendrón.

Se decía que, bajo un enorme árbol de almendro conocido por todos como “el Almendrón”, aparecía una mujer misteriosa que asustaba a quienes pasaban solos y distraídos. Muchos aseguraban que aquella figura fantasmal podía atravesar los alambres de púas de las fincas, y quienes la avistaban quedaban paralizados por el miedo.

Además, en ese árbol solían posarse unos pájaros llamados *cuyeos*, aves de canto hipnotizante que, según los vecinos, eran capaces de hacer que los niños los siguieran hasta perderse. Aunque no ocurría con frecuencia, de vez en cuando desaparecía algún niño en esa parte de Pozo Azul, lo que aumentaba el temor entre los lugareños.



Los niños del pueblo evitaban mirar hacia el Almendrón cuando pasaban por ahí; preferían cerrar los ojos, contener la respiración y apresurar el paso. Mi mamá me contaba que, cuando era niña, si la mandaban a hacer un mandado después del atardecer, pasaba por el lugar con un nudo en la garganta. Siempre sentía una extraña incomodidad, como si algo la observara desde el bosque.

Según ella, muchas noches se veían los cuyeos posados en las ramas del árbol, y al pie del Almendrón había un pequeño *suampo*, era como un charco de agua, donde cientos de ranas cantaban al unísono bajo la luna. La calle era de piedra, lo que hacía difícil transitar por ella en bicicleta. Más de una vez, mi mamá cayó y se raspó con las piedras al intentar huir de aquel lugar que tanto la asustaba.

Ella recuerda con claridad cómo era aquella figura fantasmal: vestía de blanco, tenía la piel tan pálida como la nieve y unos ojos brillantes como dos luceros. Los trabajadores de la zona, cuando les tocaba trabajar de noche, se notaban tensos, como si supieran que algo terrible podía ocurrir en cualquier momento. Algunos juraban haberla visto en una finca cercana a la de mi abuelo.

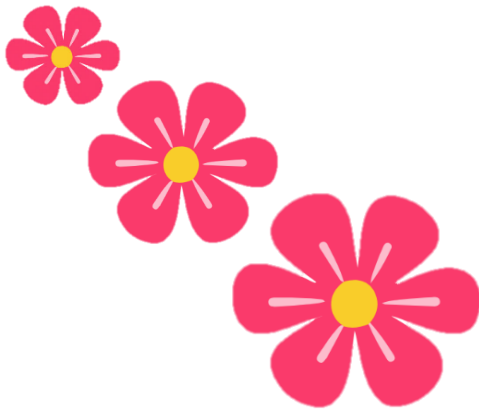
Una noche fría, cuando todos dormían, un grito desgarrador despertó al pueblo entero. Al parecer, alguien había visto a la mujer blanca atravesar una cerca como si fuera aire. Todos describieron esa experiencia como algo aterrador, una sensación que congelaba la sangre, como si hubieran presenciado algo que no debían ver.

Después de aquel suceso, el misterio del Almendrón fue desapareciendo poco a poco. El árbol fue talado y en su lugar se construyó una casa donde ahora vive una familia. Desde entonces, nadie ha vuelto a ver a la mujer del Almendrón.

Aunque la historia quedó atrás, yo aún me pregunto qué era aquella criatura. Tengo una teoría: tal vez fue el espíritu de una niña que un día siguió a un cuyeo y se perdió, y por eso muchos de esos pájaros se posaban en el árbol, como si custodiaran su secreto. Pero claro, esa es solo mi opinión... y quizás, ese misterio nunca se resuelva.

Diana Isabella Vega Villalobos

CTP de Cañas



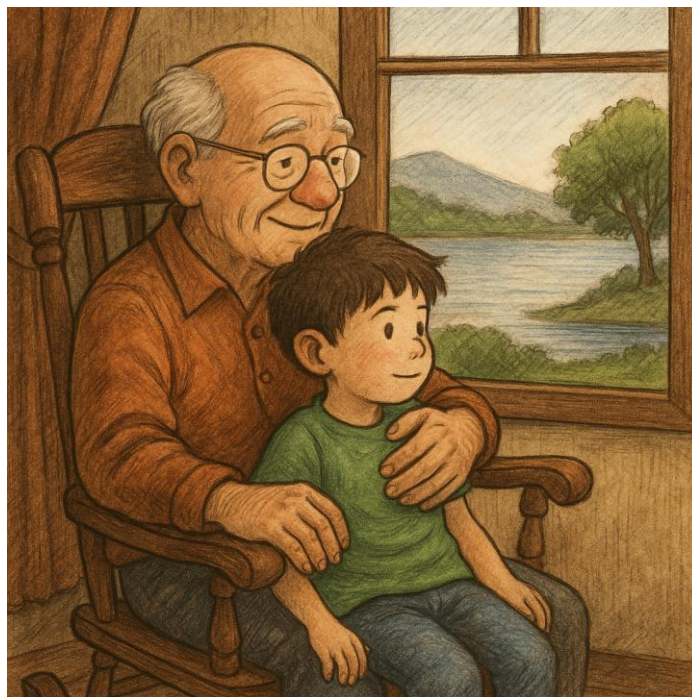
La vida antes del lago

Para nadie es un secreto que existen historias, leyendas y recuerdos sin contar sobre lo que fue la vida antes y después del Lago Arenal. Para Tronadora, un lugar tan bello y lleno de vida, la llegada del lago marcó profundamente a muchas personas. Sin embargo, eso no detuvo al pueblo de seguir adelante con su espíritu noble, manteniendo vivas sus tradiciones y relatos.

Hoy quiero contarte una historia que refleja el amor por la tierra y una vida llena de enseñanzas. Ojalá te guste escucharla tanto como a mí me gusta contarla... y al abuelo de Guito también. Él cree que es su manera de honrar un lugar lleno de sentimientos.

Era un día realmente extraño. Ese lugar lo era. A su mamá le gustaba llevarlo a Tronadora para que compartiera tiempo con su abuelito, que ya estaba algo mayor y a veces decía cosas que Guito no entendía del todo... pero que lo hacían reír. Era, sin duda, lo mejor de estar ahí.

La verdad, a Guito no le gustaba Tronadora. A duras penas visitaba Guanacaste, y eso solo cuando iban a la playa. Tronadora era distinto: un pueblo tranquilo, sin tanta gente, todo lo contrario, a la ciudad de San Ramón, donde siempre había movimiento.



Pero lo que realmente le molestaba no era ni la gente ni el lugar. ¡Era el clima! Hacía un calor tremendo... y para colmo, era completamente bipolar: hacía buen sol y al rato llovía con ganas. Como justo estaba pasando. Jugaba en la hamaca que le había hecho su abuelito cuando de pronto cayó un baldazo de agua.

Llovió tanto que se fue la luz.

—¡Genial! —pensó Guito—. ¡Lo que me faltaba!

Ya no podía ver tele. Además, su mamá le tenía prohibido usar el celular en casa del abuelo, así que tenía que buscar cómo entretenerse. A veces jugaba con su hermana Mónica o iba a pescar con su abuelo Memo... pero esta vez Mónica no había venido, y con esa lluvia, pescar estaba fuera de la lista.

Se sentía atrapado, frustrado. Recordó que su mamá le había comprado un rompecabezas de mil piezas, pero ni loco se ponía a armarlo. Así que, decidido a espantar el aburrimiento, fue al cuarto de su abuelito.

Memo estaba en su mecedora, como siempre, viendo por la ventana hacia la laguna. A veces sonreía al verla, otras veces, se notaba más nostálgico.

—Abuelo Memo, ¿me contás una historia? —preguntó Guito.

El abuelo sonrió. Le encantaba contar historias, decía que era su forma de mantener vivas las memorias del pueblo.

—¡Claro, Guito! Te voy a contar la vez que me caí del caballo en pleno Tope.

Ambos se rieron, pero Guito ya conocía esa historia. De hecho, se sabía casi todas.

—¡Nooo! ¡Esa ya me la sé!

—¿Y la del machete en el cerro? ¿La del palito de mango? ¿El baile en el corral? ¿La de los chanchitos?

Guito fue asintiendo una por una. Hasta que su abuelo se quedó en silencio, pensativo.

—¿Esas ya te las sabés todas? Bueno... ¿alguna vez te conté la historia de la laguna?

—Mmm... creo que no. Esa no me la has contado.

Memo se acomodó en su silla. Echó un último vistazo por la ventana antes de comenzar.

—Hace muchos años, justo donde está ahora la laguna, estaba el viejo Tronadora. Era diferente, claro, pero igual de bonito. Yo vivía en una casita de madera con mamá Leti —mi mamá— y tu tía Ana. No era grande ni lujosa, pero era nuestro hogar.

—Mi parte favorita —siguió Memo— era el árbol frente a la casa. Pasaba horas ahí, leyendo o simplemente hablando. Sé que suena raro, pero sentía que ese árbol era mi amigo.

—¿Hablabas con el árbol? —preguntó Guito, sin entender.

—¡Tatá Dios! Espérate hombre, no te me adelantés —dijo Memo riendo—. Ese árbol representaba todo lo que yo amaba de mi casa. Era majestuoso, colorido, lleno de pajaritos. Daba una sombra perfecta. Era mi lugar.

Un día, al volver del colegio de Tilarán, vi a mamá Leti hablando con un ingeniero. Parecía algo serio. Esa noche, ella nos dijo:

— “Chiquillos, hoy vino un ingeniero. Me dijo que van a expandir el Lago Arenal, pero para eso necesitan inundar el pueblo.”

—¿Inundar Tronadora? —preguntó Guito, asombrado.

—Así es. Yo tenía 14 años. Me quedé sin aire. ¿Cómo podían hacer eso? Toda mi vida estaba ahí. Pero mamá Leti nos explicó que era un proyecto para el progreso de la comunidad. Que muchas personas ya lo habían aceptado.

—¿Y dónde iban a vivir?

—Nos ofrecieron una propiedad cerca. Nos ayudarían a mudarnos. Pero yo sentía que estaba perdiendo mi hogar.

—Los siguientes meses, pasé más tiempo bajo el árbol que nunca. Le conté todo. Traté de ser fuerte. Hasta que llegó el día de la mudanza.

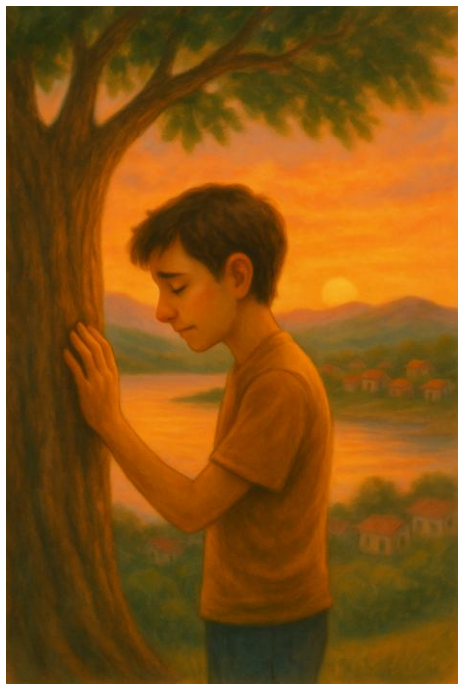
Guito notó que su abuelo se quedó en silencio. Lo abrazó fuerte, como si quisiera consolarlo.

Se sentó en su regazo y lo escuchó continuar.

—Esa mañana me levanté temprano. Me despedí del árbol: “Gracias por todo, te voy a extrañar. Siempre vas a tener un lugar en mi corazón.” Me limpié las lágrimas y ayudé con la mudanza.

—Aquí, en este nuevo pueblo, hice una vida. Pero nunca olvido de dónde vengo —dijo Memo, mirándolo con ternura.

Guito tenía lágrimas en los ojos. No sabía en qué momento había empezado a llorar. Solo sabía que estaba abrazando al mejor abuelo del mundo.



—No llores, Guito. Ese lugar fue importante, pero este también lo es... porque aquí estás tú. Eres como mi nuevo árbol.

Memo señaló por la ventana.

—Por allá estaba mi casa. Cuando el nivel del agua baja, se pueden ver las ruinas. Ahora la laguna me da paz, aunque a veces, extraño cómo era todo antes.

Guito sonrió. Esa historia era probablemente la mejor que su abuelo le había contado. Y, por primera vez, Tronadora ya no le parecía tan aburrida. Era un lugar lleno de vida, de recuerdos, de historias.

—¡Santiaguitooooo! —gritó su mamá— ¡La comida está lista!

—Vamos, Guito, que me muero de hambre —dijo Memo, bajándolo del regazo—. ¿Y si vamos a pescar después de comer? Ya dejó de llover.

—¡Sí! Pero pasamos por un helado —respondió Guito, dando brinquitos de emoción.

Ese día, Guito comprendió por qué su abuelo era tan apegado a sus raíces. Entendió el valor de las historias y del lugar que ahora también sentía suyo.

Excepto por el calor. Eso sí que seguía siendo... ¡lo peor!



Danna Delgado Porras

CTP de Tronadora

Relatos de mi tierra: Los niños y sus travesuras

Había una vez, en el tranquilo pueblo de Los Ángeles de Tilarán, tres amigos inseparables: Pablo, Lindsay y Bennett. Eran conocidos por toda la comunidad por sus constantes juegos, carreras y sobre todo... por sus travesuras. Les encantaba hacer "experimentos" y bromas que, aunque inocentes, ya todos en el pueblo conocían. Sin embargo, nadie lograba detenerlos del todo.

Un día, cansados de repetir las mismas bromas, decidieron inventar un juego diferente, uno en el que pudiera participar toda la comunidad. Pablo propuso hacerlo el día de Pascua de Resurrección, Lindsay quería que tuviera que ver con las pertenencias de las personas, y fue entonces cuando a Bennett se le ocurrió una idea brillante... y un poco atrevida.

—¿Y si una noche “tomamos prestadas” cosas de los corredores de las casas y las ponemos todas en la plaza de fútbol? —dijo con picardía—. Al



día siguiente, todos pensarán que alguien las robó, pero se darán cuenta de que están ahí. ¡Va a ser buenísimo ver sus caras!

Los tres se miraron y rieron. Rápidamente le contaron la idea a sus compañeros de escuela, quienes aceptaron con entusiasmo. Para ellos, era una forma divertida de jugar una broma sin causar daño.

Aquella noche, los niños salieron sigilosamente, tomando macetas, sillas, escobas y otros objetos que la gente solía dejar en los corredores. Entre risas y con cuidado de no hacer ruido, colocaron todo en medio de la plaza. Hasta dejaron una nota que decía:

"Este juego se convertirá en una tradición. ¡Prepárense para el próximo año!"

Al amanecer, se escondieron cerca para ver la reacción de las personas. Uno a uno, los vecinos empezaron a llegar a la plaza, sorprendidos al ver sus cosas ahí. Primero se preocuparon, pero al leer la nota y ver que no faltaba nada, se sintieron aliviados. Algunos hasta rieron al comprender que era solo una broma.

Desde ese día, el juego se repitió cada Pascua. Lo que comenzó como una travesura se convirtió en una tradición del pueblo. Con los años, nuevos niños tomaron la posta, y el juego seguía cada año con la misma ilusión.

Décadas después, Pablo, Lindsay y Bennett ya eran ancianos. Se sentaban juntos a ver desde sus mecedoras cómo los nuevos niños seguían la tradición que ellos habían iniciado.

—¡Mirá vos! —decía Pablo riendo—. Hasta el nombre del juego le pusieron: “La madrugada del susto”.

—Y pensar que todo comenzó con una simple idea nuestra —respondía Lindsay, orgullosa.

—¡Y mirá esa olla! Esa es la misma que dejé en la plaza cuando tenía diez años —agregaba Bennett entre carcajadas.

La última vez que se vio a los tres, fue una mañana de Pascua. Con una sonrisa en el rostro y el corazón lleno de recuerdos, recogían sus cosas de la plaza como cualquier otro vecino. Era como si su propio juego hubiera vuelto a ellos.

Desde entonces, muchos aseguran que, cada Pascua, allá arriba en el cielo, se escuchan risas... las de tres niños traviesos que nunca dejaron de jugar.



Brittany Paola Eduarte López

CTP de Tronadora

Tilarán: Donde el viento cuenta historias

Me llamo Isabella, tengo trece años y soy de Tilarán, un lugar donde el viento sopla fuerte todo el año y cada rincón tiene una historia por contar. Me encanta andar en bicicleta con mis amigos, explorar los lugares más chivas del pueblo y, claro, ir al cine los sábados a Plaza del Viento, aunque a veces no haya muchas películas nuevas.



Un día, después del colegio, nuestro profesor Allan nos invitó a dar una vuelta por el Parque del Viento. Ese lugar es nuestro punto de encuentro favorito. Siempre hay una brisa fresca que parece empujarte a volar, y desde la cima se pueden ver las torres eólicas girando lentamente. A veces imaginamos que son gigantes que protegen a nuestro Tilarán.

Mientras caminábamos, el profe Allan me contó que su banda musical estaba ensayando para los festivales que se acercaban. Es muy conocida en el pueblo porque tocan como los grandes. Este año, además de los tambores, instrumentos de viento y las liras, iban a presentar un número especial con bailes típicos de Huaca... ¡y yo iba a participar! Me reí al imaginar a Allan bailando con un traje típico, aunque sabía que lo haría excelente, como siempre.

Hablando de bailes, en el liceo todos conocemos al profesor Huaca. Es simpático y tiene una energía que no se le acaba. Siempre anda con su sombrero y nos cuenta historias de cómo se bailaban las parrandas y el punto guanacasteco en tiempos de nuestros abuelos. Él nos enseña los bailes folclóricos para las actividades del colegio. Aunque a veces cuesta seguirle el ritmo, nadie puede negar que cuando él baila, parece que sus pies vuelan. Siempre dice que, con esos bailes, mantenemos viva nuestra historia y que un día nosotros seremos los que contemos esas tradiciones.

Después del parque, decidimos ir hasta la Laguna Arenal. En el camino, pasamos por el Parque de Tronadora, donde de niños jugábamos a las escondidas entre los árboles. Cuando llegamos a la laguna, el sol se reflejaba en el agua como un espejo gigante. Desde ahí se ve la península, un lugar lleno de naturaleza, perfecto para disfrutar de meriendas en familia y disfrutar de bellos atardeceres. El agua estaba tan tranquila que uno casi se olvidaba del viento que nunca deja de soplar.

Esa tarde, mientras descansábamos, Allan nos preguntó si sabíamos por qué a Tilarán le dicen "Lugar de vientos". Mi abuelo siempre dice que los indígenas lo llamaban "Tilawa", que significa justamente eso: un lugar de vientos fuertes. Por eso no nos sorprende ver tantas torres eólicas aprovechando lo que la naturaleza nos da.

Al regresar, pasamos por el centro del pueblo. Las calles estaban llenas de gente preparando las fiestas, adornando con banderas y guirnaldas de colores. Nos encontramos con don *Cafetera*, quien vende las mejores leches dormidas del mundo, y no pudimos resistirnos a comprar una. Mientras tomábamos esas bebidas, pensé que vivir en Tilarán es como estar dentro de un cuento que nunca termina: siempre hay algo nuevo por descubrir o una tradición que celebrar.



Al llegar a la plaza, vimos al profesor Huaca ensayando con un grupo de estudiantes. No pude evitar reírme al ver cómo hacía caras graciosas para que nadie se pusiera nervioso al bailar. Nos llamó y nos pidió ayuda con los instrumentos. Allan, emocionado, tomó su trompeta, mis amigos eligieron sus instrumentos favoritos y yo... me puse a bailar. Aunque no lo digamos en voz alta, todos queremos que nuestro grupo sea el mejor en la presentación.

Esa noche, antes de dormir, me puse a pensar en todo lo que habíamos hecho. A veces, quienes vivimos aquí no nos damos cuenta de lo especial que es nuestro pueblo. Pero yo sí lo sé: Tilarán no es solo viento y torres, es su gente, sus historias y todo lo que compartimos. Y aunque algún día me toque viajar lejos, siempre llevaré en mi corazón este lugar donde el viento nunca deja de soplar.

Isabella Carrillo Solano
Liceo Maurilio Alvarado Vargas



La Cumbre Nubosa

Por la calle principal de Solania, se veía cómo la carreta de los señores López se alejaba a toda velocidad, al límite de lo que sus bueyes podían soportar. Iban en dirección a la salida del pueblo, mientras Socorro los observaba desde el corredor. Esa era la última familia que quedaba... y también se iba.

Durante los últimos meses, el pueblo de Solania se había visto envuelto en una serie de sucesos extraños, todos relacionados con las lomas cercanas, esas que siempre les habían dado alimento, sombra y abrigo. Algo cambió. La gente empezó a decir que el lugar estaba maldito, “por el mismísimo diablo”, y uno a uno comenzaron a huir. Socorro escuchó cada una de esas palabras. Ninguna le fue ajena.

Mirar su amado pueblo deshabitado y cubierto por la desolación la llenó de desesperanza. En esos días oscuros, lo único que podía hacer era rezar y pedirle a Dios que los protegiera.

En su casa quedaban apenas seis personas: su madre, su padre, sus dos hermanos, su abuelo y ella. Y aunque seguían bajo el mismo techo, la cercanía familiar



era casi inexistente. La comida escaseaba cada vez más, y el silencio de los vecinos se sentía más fuerte que nunca.

Pasaron semanas. Luego, dos meses desde que los López se marcharon. Un día, mientras alimentaba las pocas gallinas del gallinero, Socorro se dio cuenta de que la comida ya no alcanzaría. Decidió buscar en el cobertizo algo más para darles de comer.

Revisando entre trastos viejos, encontró una pequeña libreta de cuero, cubierta de polvo. Era un diario muy antiguo. Al abrirlo, vio claramente el nombre del dueño: su tatarabuelo. Las primeras páginas eran normales, pero conforme avanzaba la lectura, el contenido se volvía oscuro... aterrador.

“El demonio me sigue desde que le pedí la ayuda para los cultivos del pueblo. Las voces en mi cabeza no paran. Gritos de gente inocente que nos alimenta a diario me atormentan todas las noches. Esto debe tener un fin. Debo callar esas voces.”

Socorro sintió que la sangre se le helaba, como la niebla que lentamente descendía desde las lomas hacia el pueblo. Por fin entendía el temor que todos sentían... aunque no lograba comprender quiénes eran esas “personas inocentes”.

Los días pasaban, y Socorro veía cómo la niebla afectaba a los adultos de la casa. Comenzaron a comportarse de forma extraña, salvaje... como animales. El diario, la neblina, y el extraño comportamiento la llevaban a una sola conclusión: algo en esas lomas quería volverlos locos.

La comida pronto se convirtió en un recuerdo lejano. Ya solo comían lo que encontraban. Su madre devoraba cordones de zapatos, su padre masticaba cigarrillos como si fueran dulces, y su abuelo gruñía al menor ruido. La niebla había tomado el control de sus mentes.

Socorro se aferraba a la fe. Oraba con fuerza y se encargaba de cuidar a sus hermanos y buscar comida, mientras seguía investigando el misterio del diario.

Una mañana, al ir a despertar a sus hermanos, descubrió que no estaban. Corrió a la sala y encontró a sus padres y su abuelo devorando papas crudas como seres hambrientos. Pero lo más extraño era que las papas no estaban ahí antes. Todo era extraño. Y sus hermanos habían desaparecido.

El ciclo de locura y horror se repetía, tal como su tatarabuelo lo había descrito. Y ahora, ella sería la siguiente.

Sin perder tiempo, corrió a su habitación y planeó su escape. La niebla era espesa, pero no había otra opción. Esperó a que cayera la noche, y con sigilo salió de la casa, adentrándose en la oscuridad con el corazón latiendo con fuerza.

Avanzó a ciegas hasta tropezar con una raíz. Desde atrás, escuchó gritos. Sabía que la habían oído. Corrió como nunca, sintiendo que sus piernas no la sostendrían, mientras sus perseguidores se acercaban. Eran sus padres. Su abuelo. Ya no eran ellos.

Cuando ya no pudo más y cayó al suelo, sintió que todo había acabado. Cerró los ojos, resignada. Tal vez era un castigo divino por las acciones de su antepasado. O tal vez, simple y cruel destino.

Pero algo ocurrió.

Su madre, como en un breve destello de conciencia, detuvo a los dos hombres. Todos cayeron al suelo en un desmayo inusual, quizás la niebla se los había arrebatado. Y entonces... el sol salió.

La niebla comenzó a disiparse.

Pasaron muchos años. Socorro ahora era monja en un orfanato de Cartago. Nunca olvidó lo vivido, pero aprendió a convivir con ello. Era otra persona, en una nueva vida.

Una mañana, le asignaron la tarea de recolectar papas en la loma más alta. Preparó su canasta y partió hacia la cima. La neblina estaba espesa ese día. No regresó. Tampoco las papas.

A la mañana siguiente, un arcoíris enorme cruzaba el cielo. Los niños lo vieron con asombro. Era el más hermoso que habían visto jamás.

Y la niebla... había desaparecido.



Zoe Ruiz Vargas

Liceo Maurilio Alvarado Vargas

La llama de piedra verde

En un lugar lejano, rodeado de suaves colinas y un río cristalino, se encontraba un misterioso pueblo llamado Piedra Verde. Sus habitantes eran personas amables, siempre dispuestas a ayudar. Las casas, construidas con enormes piedras de color esmeralda, brillaban con la luz del sol como si estuvieran hechas de joyas.

Pero Piedra Verde guardaba un secreto muy antiguo. Nadie sabía de dónde venían esas piedras mágicas. Cada tarde, los niños del pueblo se reunían bajo el viejo roble del parque central para escuchar las historias de Don Felipe, el sabio narrador del pueblo. Era un anciano de barba blanca y gafas enormes que hacían que sus ojos parecieran más grandes y llenos de curiosidad.

—¡Niños! ¡Niñas! —gritó una tarde soleada—. Hoy les contaré cómo este pueblo recibió su nombre.

Los niños corrieron emocionados. Entre ellos estaban Sofía, una niña de rizos dorados y mirada vivaz; Lucas, un aventurero con una sonrisa contagiosa; y María, una soñadora que nunca soltaba su cuaderno de dibujo.

—Hace muchos años —comenzó Don Felipe—, este lugar era muy distinto. No había piedras verdes, solo casas de barro y caminos de tierra. Aunque la gente era feliz, siempre miraban al cielo deseando algo más brillante.

—¿Como el sol? —interrumpió Lucas, levantando las manos como si atrapara luz.

—¡Exactamente! —respondió Don Felipe con una sonrisa—. Una anciana, conocida como la Sabia de las Montañas, decidió ayudar. Subió a la colina más alta y pidió a los dioses: “Por favor, tráiganos algo hermoso para que nuestro pueblo brille.”

Esa noche, bajo la luna llena, llovieron piedras verdes que cubrieron todo el pueblo. A la mañana siguiente, el paisaje era un manto de esmeraldas. Desde entonces, se llamó Piedra Verde.

—¡Qué maravilloso! —exclamó María, mientras dibujaba piedras verdes en su cuaderno.

—Pero algo extraordinario comenzó a ocurrir. Cada noche, al caer la luna, las piedras susurraban. Primero lo notaron los adultos, luego los niños. Un día, Sofía, Lucas y María decidieron investigar.



—¿Escuchan eso? —preguntó Sofía, señalando unas piedras que brillaban más que nunca en la plaza.

—Sí... parecen llamarnos —dijo Lucas.

Al acercarse, una piedra resplandeció intensamente y comenzaron a aparecer palabras en el aire.

— “¡Bienvenidos, habitantes de Piedra Verde! Nosotros somos las voces de las piedras. Hemos venido a compartir un secreto muy importante.”

Los niños se miraron asombrados.

— “Cada cien años, elegimos a tres valientes para encontrar el tesoro escondido de Piedra Verde. No es oro ni joyas. Es un poder que puede ayudar a todos en el pueblo.”

—¿Y cómo seremos los elegidos? —preguntó Sofía.

— “Deben demostrar valor y bondad. Solo quienes tengan el corazón puro podrán encontrar el tesoro antes de que termine la luna llena.”

—¡Vamos a intentarlo! —dijo Lucas con determinación.

Primera prueba: El Laberinto de las Sombras.

Debían cruzarlo confiando en ellos mismos. Se adentraron en el bosque y llegaron a una entrada oscura. Las sombras susurraban al oído, tratando de asustarlos.

—Recuerden lo que dijo la piedra —susurró Sofía—. No debemos perder la fe.

Tomados de la mano, siguieron adelante. Aunque las sombras los acechaban, nunca se soltaron. Al final, encontraron un claro iluminado por la luna.

—¡Lo logramos! —celebró Lucas.

—Pero esto apenas comienza —advirtió María.

Segunda prueba: El Puente de la Verdad.

Un puente hecho de humo los esperaba. Cada vez que intentaban cruzar, una voz les preguntaba algo profundo.

—¿Qué es lo que más deseas?

Sofía respiró hondo.

—Deseo que todos en el pueblo vivan felices.

El puente brilló y se volvió sólido.

—Yo deseo que siempre estemos unidos —dijo Lucas, y también cruzó.

—Y yo... deseo que mis sueños se hagan realidad —dijo María, avanzando al lado de sus amigos.

Tercera prueba: El Lago de los Susurros.

Para superarla, debían compartir sus miedos.

—Tengo miedo de no ser lo suficientemente valiente —dijo Sofía.

—Yo temo perder a mis amigos —confesó Lucas.

—Y yo, que mis sueños nunca se cumplan —admitió María.

El lago comenzó a brillar. Un cofre dorado emergió lentamente del agua. Dentro había tres piedras resplandecientes: una roja, una azul y una dorada.

— “Estos son los tesoros de la amistad, la valentía y la sinceridad. Ustedes los poseen.”

Los niños regresaron al pueblo como héroes.

—Prometemos usar estos poderes para ayudar a nuestra comunidad —dijeron juntos.

Don Felipe los recibió con orgullo.

—¿Y qué aprendieron hoy, pequeños aventureros?

—Que la verdadera magia está en nuestros corazones —respondieron los tres.

Desde ese día, Piedra Verde no solo fue un pueblo de piedras brillantes, sino también de esperanza, amistad y valor. Un lugar donde cada generación aprendía a ser mejor que la anterior, y donde el verdadero tesoro era la unión de su gente.



Rodman Michelle Solorzano Salazar

Liceo de Colorado

La perla de la esperanza

Hace dos meses, el mar que siempre nos dio sustento decidió llevarse al que más lo conocía. Desde pequeño, mi papá me enseñó a pescar y a extraer pianguas. Hoy, ese trabajo me toca a mí.

En aquellos días, mi papá era quien hacía casi todo mientras yo jugaba a la orilla del mar. Cuando él estaba, nadie se atrevía a saltarse las reglas: ni la veda, ni la pesca de arrastre, ni las normas de los guardacostas. Ahora, se nota la ausencia de alguien que realmente se preocupara por hacerlas respetar.



—¡Oye, muchacho! —me gritó don Carlos, el vecino. Es un señor algo hosco, pero no mala persona. Su hijo murió en un accidente hace años—. Tu mamá te está esperando para comer.

Le di las gracias y corrí a casa antes de preocuparla. Al pasar por el parque, vi que ya había comenzado el Festival de la Piangua. Pensé que podía decirle a mamá que hiciéramos una venta para pagar algunos recibos.

Después de contarle a mamá cómo estuve a punto de atrapar un pez enorme (aunque fue más cuento que

otra cosa), me puse a hacer tareas y a cuidar a mi hermano menor mientras ella cosía unos encargos de doña Marta, la de la pulpería.



—Tené cuidado mañana, hijo. No me gustó que llegaras todo raspado. Yo sé que decidiste tomar el lugar de tu padre para ayudarnos, pero no te excedás. Ponte estas mangas para que no te quemés tanto con el sol —me dijo con cariño antes de irme a dormir.

Era domingo: día de misa y de ir al manglar. Mientras caminaba hacia la pulpería, unas risas me interrumpieron. Unos muchachos estaban apoyados en el muro del parque. —Qué asco ese pianguero —dijo uno, sin cuidar que lo escuchara.

Ya me había acostumbrado a eso, sobre todo en el colegio. Pero papá siempre me decía: —"No escuchés las tonterías de quienes no saben lo que hacen. Esos son ignorantes, no dejés que te afecten".

En la pulpería me encontré con mi amigo Leo. Él también trabaja duro: su papá tiene leucemia y su hermanito es muy delicado. Compré las verduras y el pan que mi mamá encargó, y en el camino hablamos.

—¿Has ido a la costa estos días? Don Juan dice que ya no sale nada, solo pescadillos medio muertos.

Y tenía razón. Este último mes, la pesca ha disminuido. Todo apunta a lo mismo: contaminación y falta de respeto al tiempo de veda. Son las consecuencias de los actos de toda una comunidad.

Una vez traté de decirle a unos señores que no dejaran botellas y latas en la orilla, pero se burlaron de mí. Otro día vi una mancha gris en el horizonte, justo después de que pasaran varias embarcaciones extrañas. No eran de pesca. Venían a buscar algo que solo traería daño al mar... y a nosotros.

Ese día, de regreso a casa, vi un garrobo tirado en la calle. Se veía muy mal. Otra señal de que la fauna también estaba sufriendo.

Cuando mi papá murió, llevaba consigo una perla especial. Se decía que era mágica, capaz de devolverle la vida al ecosistema si algo grave ocurría. Pero la perla se perdió cuando se hundió su lancha. Desde entonces, muchos han intentado encontrarla, sin éxito.

Si pudiera hallarla, quizás todo mejoraría. Está decidido: tengo que encontrarla.

Últimamente ya ni los pájaros se oyen en la mañana. Pero un día, mientras esperaba el bus escolar, vi algo brillar junto a unos estañones viejos. Me emocioné. ¿Y si era la perla?

Leo, que venía conmigo, la recogió del suelo.

—¿Qué tenés ahí? —le pregunté.

Era solo una canica. Una de las que habíamos usado para jugar el día anterior. Bueno... al menos no la perdimos.

Tocaba clase de química, no mi favorita. Siempre he preferido arte. Desde pequeño me gusta pintar con acuarelas, aunque solo tengo acceso a eso en el colegio. Por suerte, ese día teníamos arte. Iba a terminar una pintura. No era gran cosa... pero podía servir de algo.

Todos conocen la leyenda de la perla, pero pocos saben cómo se ve. Por eso decidí pintarla. Hice panfletos con mi dibujo y los puse por todo el pueblo. Tal vez alguien la reconociera.

Pasaron cuatro semanas. He buscado la perla todos los días que no estoy en clases. Ya le conté a todos los vecinos por si la ven. Cada vez hay menos mariscos, menos peces. Varias familias se han tenido que ir. Mamá está preocupada. No sabemos qué nos espera.

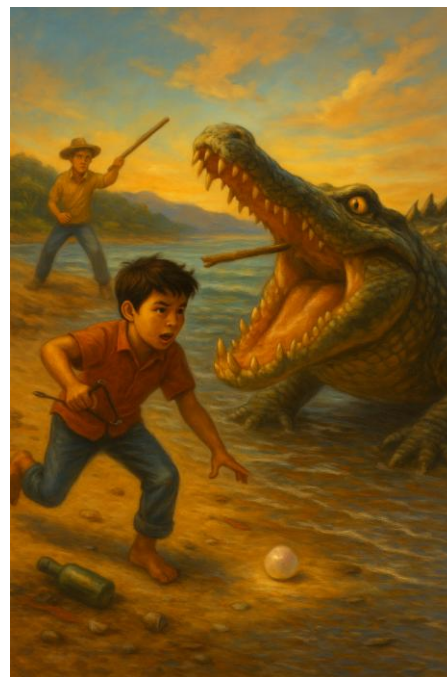
Pero la esperanza no ha muerto.

Mi prima Saori me dijo que unas señoras vieron un reflejo brillante cerca de la costa mientras buscaban conchas. Fui en la tarde a investigar.

Al llegar, no podía creerlo: ¡el reflejo estaba ahí! Pero también... un cocodrilo enorme dormía justo a la par. Algunos gritaban que no lo intentara. Que, si entraba, no saldría. Pero yo ya había tomado una decisión. Tenía que hacerlo, por mi papá, por mi gente.

Tomé mi honda, lancé una piedra fuerte para espantarlo y corrí. El cocodrilo me siguió. El corazón me latía con fuerza. Estaba cerca de atraparme... cuando Leo apareció y lanzó un palo que lo desorientó. El animal se fue.

Corrí de regreso. La perla... ¡estaba ahí!



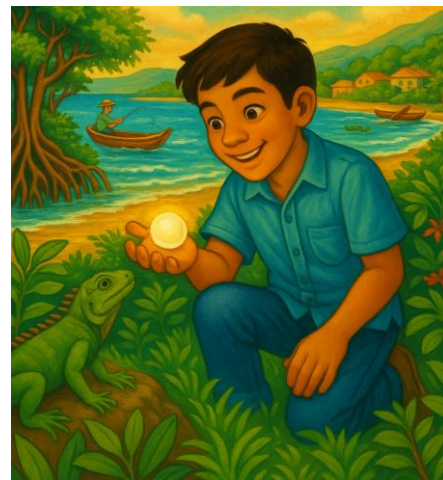
La perla mágica. Nuestra esperanza.

Un mes después, casi nadie recordaba lo que pasó. Pero lo importante es que algo cambió. Ya nadie dejó basura en la playa. Con el poder de la perla y el cuidado de la comunidad, el manglar empezó a revivir. Las lluvias ayudaron, y la tierra, agradecida, respondió.

El golfo volvió a llenarse de peces. Los garrobos corren otra vez entre los árboles. Y los pescadores, piangueros, ganaderos y agricultores volvieron a tener con qué vivir.

Yo sigo pescando con Leo, estudiando y dibujando. Pero ahora tengo algo más: paz en mi corazón. Sé que mi papá estaría orgulloso. Y entendí algo importante: ya no hay otra perla mágica que nos salve.

Esa perla ahora vive en nosotros. En cada acto de respeto, en cada gesto de cuidado. Esa es la verdadera perla del manglar: El amor por nuestra tierra y la esperanza que nunca muere.



Dara Eunice Reyes Arce

Liceo de Colorado



El valle de Colorado

En un mundo paralelo, existía un lugar oculto a los ojos del resto del planeta: Colorado. Pero no era el Colorado que todos conocían, con montañas y ríos tranquilos. Este Colorado era diferente, lleno de misterios, poderes extraordinarios y seres inimaginables. En este rincón mágico, todo era posible: las montañas flotaban, los ríos brillaban con colores intensos, y el cielo cambiaba cada día.

En el corazón de este mundo se alzaba la ciudad de Valle de Plata, un santuario de paz y tecnología avanzada. Sin embargo, en las sombras se preparaba una amenaza que lo cambiaría todo.

Una mañana, mientras los primeros rayos del sol iluminaban las calles del valle, una alarma interrumpió la rutina diaria. En la pantalla gigante de la plaza central apareció una imagen distorsionada del cielo, seguida de un mensaje misterioso:

“La Oscuridad Desciende.”

Los ciudadanos se movilizaron rápidamente. Entre ellos, un grupo especial de superhéroes se preparaba para la batalla: Los Defensores de Colorado, guardianes del equilibrio y la esperanza. Cada uno de ellos tenía habilidades asombrosas:

- Luzaria, la líder, controlaba la luz, creando escudos y rayos luminosos.
- Tempus, el viajero del tiempo, podía acelerar o detener el tiempo.
- Geo, maestro de la tierra, movía rocas y modelaba montañas a voluntad.

- Vortex, el controlador del viento, dominaba los tornados y las corrientes de aire.
- Umbra, guerrero de la sombra, era invisible y podía convertir las sombras en armas.

Pero ese día, alguien más sintió un llamado distinto.

Kai, un joven del pueblo, observaba a los héroes con admiración. Durante años había sospechado que tenía un poder especial, pero nunca se había atrevido a revelarlo. Podía controlar el agua, una habilidad poco común incluso en un mundo como Colorado.

Con el corazón acelerado, decidió seguirlos.

En la sede flotante de los Defensores, el grupo se preparaba. Un antiguo aliado, Drakthor, había regresado... pero esta vez como enemigo. Era la encarnación de la oscuridad: absorbía la luz, destruía la tierra y convertía las sombras en muerte.



—El equilibrio del mundo está en peligro —advirtió Luzaria—. Debemos detenerlo antes de que lo consuma todo.

Mientras el cielo se oscurecía, Kai reunió valor y se acercó al grupo.

—Quiero ayudar —dijo. El agua dentro de él parecía vibrar con energía.

Luzaria lo observó en silencio y luego asintió.

—Tu poder es único, Kai. Tal vez seas la clave.

El equipo viajó a las Montañas Flotantes, donde Drakthor había levantado su fortaleza. El camino estaba lleno de obstáculos: tormentas impredecibles, grietas flotantes y criaturas corrompidas por la oscuridad.

Vortex abrió paso entre los vientos violentos. Tempus ralentizó el tiempo para que pudieran avanzar. Geo creó puentes de piedra sobre el vacío, y Umbra desaparecía entre las sombras para defenderlos sin ser visto.

Finalmente, llegaron a la cima. Drakthor los esperaba, envuelto en una esfera de oscuridad pura.

—No podrán detenerme —rugió, y la batalla comenzó.

Luzaria lanzó un rayo cegador. Umbra atacaba desde todas direcciones. Geo hacía temblar la montaña. Pero Drakthor resistía, absorbiendo luz, roca y aire. Parecía imparable.

Fue entonces cuando Kai dio un paso al frente.

Sintió que el agua respondía a su llamado como nunca antes. Levantó un torrente cristalino que envolvió a Drakthor en una esfera helada. El agua, pura y poderosa, comenzó a contrarrestar la oscuridad.

—¡Ahora! —gritó Luzaria.

Concentrando toda su energía, lanzó un rayo de luz que atravesó la esfera. La oscuridad colapsó.

Drakthor había sido derrotado.

La luz regresó a Colorado. Las montañas flotantes volvieron a brillar. Los ríos de colores retomaron su curso. El cielo, otra vez azul, parecía cantar de alegría.

Los Defensores de Colorado volvieron al Valle de Plata como héroes.

—Tu valor salvó nuestro mundo —le dijo Luzaria a Kai—. Bienvenido al equipo.

—El trabajo de un héroe nunca termina —dijo ella mientras el sol se ocultaba detrás del horizonte.

Y aunque la paz había vuelto, sabían que nuevas amenazas podían surgir. Pero mientras siguieran unidos, la esperanza siempre brillaría en Colorado.



Josué David Araya Bejarano

Liceo de Colorado

FUNCIONARIOS



El niño que quería ser boyero

Cuentan que, por los años de 1950, en un pequeño pueblo llamado Tierras Morenas, ubicado en el cantón de Tilarán, en la hermosa provincia de Guanacaste, vivía Norman, un niño que soñaba con ser boyero y tener sus propios bueyes.

Norman creció entre muchas limitaciones. Mientras iba a la escuela, también trabajaba en la finca de su familia. Junto con sus hermanos, cargaban leña desde la montaña hasta el pueblo, todo al hombro. Aquel esfuerzo despertó en él el deseo de tener una carreta, con la esperanza de que los bueyes pudieran aliviar su carga y, de paso, disfrutar del camino conduciéndolos por las calles, como lo hacían los boyeros que veía a diario, trayendo mercadería para abastecer a los vecinos.

La ilusión crecía cuando escuchaba historias sobre cómo el mosaico de la iglesia y varias de las mesas de la escuela habían sido



trasladados en carretas. Para él, aquellas historias eran prueba de que los bueyes no solo eran fuerza, sino parte de la vida del pueblo.

Cuando terminó la escuela, su padre lo envió —junto con sus hermanos— a trabajar en la finca de un finquero local. Ahí, sembraban y cosechaban arroz, frijoles y tiquisque. Norman quiso aprender sastrería o ser telegrafista, pero su padre no lo permitió. Decía que eso era vagancia. Que lo necesitaba en la finca.

Aun así, la idea de ser boyero seguía viva en su mente. En ese tiempo, el boyeo era el principal medio de transporte. Tierras Morenas ya era distrito, pero aún no se conectaba directamente con Tilarán. Las rutas más comunes eran tres:

- Por el Llano Las Mulas: una ruta quebrada y pedregosa.
- Por La Palma: más corta, pero con puentes en mal estado y una cuesta temida, llamada “el trepón del Magaleno”.
- Por Aguilares: la mejor opción, ya que pasaba por la Hacienda La Argentina, un centro activo con comisariato, aserradero, trapiche y piladora. Esta zona desapareció años después por la construcción del Embalse de Arenal.

La ruta de La Argentina llevaba al cruce de Aguilares, donde uno podía ir hacia Tilarán o Los Ángeles. En Los Ángeles estaba el famoso almacén El Emporio, de don Albino Guzmán, que abastecía a La Palma, Tierras Morenas, Paraíso y Agua Caliente. Era común ver carretas transportando productos como arroz, jabón en barra, manteca, canfín, miel de purga, y hasta camas, guacales y piedras para reinstalar fogones cuando una familia se mudaba.

También, cuando alguien enfermaba, la carreta se convertía en ambulancia, llevando al enfermo a Los Ángeles y, de ahí, a Cañas.

Norman, ya con casi 15 años, trabajaba el campo cuando logró comprar sus primeros novillos. Su abuelo Balbino le prestó 250 colones. Tardó tres años en pagárselos, tras una buena cosecha de frijoles. Amansó los novillos con paciencia, pero uno no resultó. Tuvo que venderlo y comprar otro ya amansado, aprendiendo así que no cualquier novillo sirve para buey.

Norman aprendió a escogerlos con detalle: buena contextura, cachos proporcionados, ombligo y cola cortos, frente firme y casco redondo de pezuña ancha.

Con su yunta finalmente lista, Norman comenzó su vida como boyero. En aquel tiempo, no importaba si alguien era menor de edad: había que trabajar para ganarse el pan.

Se cobraban dos colones con cincuenta por cada quintal de mercadería. La carga usual era de unos 15 quintales. Norman salía de madrugada, dormía en el corredor de una pulpería en Los Ángeles y cargaba a las seis de la mañana. No usaba foco, solo la luz de los luceros, porque tanto él como sus bueyes conocían el camino de memoria.

En una de sus tantas jornadas, sus bueyes estaban cansados por una carga de madera del día anterior, así que pidió prestada una yunta a un tío para cumplir con un encargo liviano. Tomó la ruta de La Palma. Cargó la carreta al mediodía en Los Ángeles y emprendió el regreso a las tres de la tarde.

Ya en el trepón del Magaleno, al anochecer, los bueyes no lograron subir. Se quedó varado. La luna llena lo acompañó y decidió esperar al amanecer. Su idea era descargar parte de la mercadería y subirla por tramos.

Pero en la madrugada empezó a llover. Sin forma de cubrir toda la carga con su única lona, decidió esperar un milagro. Y llegó.

Cerca del mediodía, pasaron unos muchachos arriando cerdos. Uno de los chanchos se quebró una pata, y uno de ellos regresó a Morenas por ayuda. Pronto apareció el dueño, con buenos bueyes y una carreta. Norman le pidió ayuda: él llevaría el chancho accidentado, y el otro usaría su yunta para arrastrar su carreta.

Aun así, el viaje que debía durar cuatro horas tardó más de un día. Llegó a Tierras Morenas a las cinco de la tarde del día siguiente, agotado, con hambre, pero aliviado. A la entrada del pueblo, se encontró con su hermano, quien lo buscaba por la preocupación de su madre.

Esa fue solo una de las muchas historias vividas con sus bueyes y su carreta. Norman fue boyero por más de 25 años, oficio que le dio sustento a él y su familia, hasta que una enfermedad lo obligó a dejarlo a los cuarenta.

Hoy, don Norman tiene 84 años. Trabaja en un pequeño taller donde hace artículos de madera que vende a sus vecinos. Y allí, a quien quiera escucharlo, les cuenta sus historias con los bueyes, sus compañeros inseparables.

En el año 2012, el desfile de boyeros de Tierras Morenas, celebrado cada 15 de mayo en honor a San Isidro Labrador, fue dedicado a él, como homenaje a su aporte al boyeo y al desarrollo de su comunidad.

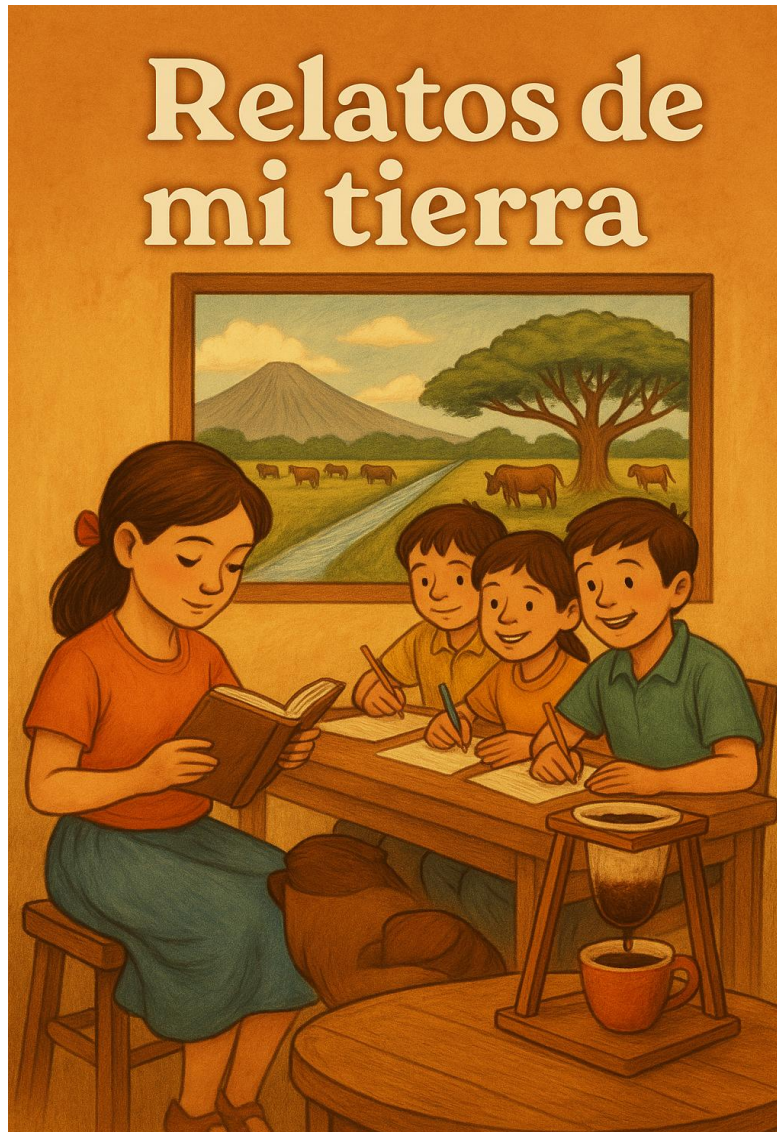
Ese homenaje llenó de orgullo a aquel niño que un día soñó con ser boyero y, con esfuerzo y valentía, logró su sueño, convirtiéndose en ejemplo de perseverancia y amor por sus raíces.

Este cuento está basado en hechos reales, vividos hace muchos años en la comunidad de Tierras Morenas, y busca inspirar a las nuevas generaciones a conocer sus raíces, visitar a nuestros adultos mayores y escuchar sus valiosas historias.



Francis Barrantes Ruiz

**Docente
Escuela El Carmen**



Las imágenes utilizadas en esta antología fueron creadas con inteligencia artificial.



Antología de cuentos ganadores del concurso: Relatos de mi tierra 2025

Organizado por la Asesoría Regional de Capacitación y Desarrollo Educativo y
la Red de Bibliotecólogos de la Dirección Regional de Educación Cañas



Relatos de mi tierra

Antología de cuentos estudiantiles

Esta obra es una recopilación de cuentos escritos por niñas, niños y jóvenes de distintos niveles de primaria y secundaria de la región de Cañas. Cada relato es una ventana al alma de Guanacaste, inspirado en los pueblos y las tradiciones que forman parte de nuestra identidad.

Los cuentos aquí reunidos son resultado del Concurso Regional de Escritura Creativa en celebración del Día del Libro y del Derecho de Autor , organizado por la Asesoría Regional de Capacitación y Desarrollo Educativo y la Red de Bibliotecólogos de la Dirección Regional de Educación Cañas, en el marco del Programa Vivamos la Guanacastequidad.

A través de sus letras, los estudiantes plasman la riqueza cultural, histórica y natural de sus comunidades, promoviendo valores como la creatividad, la imaginación, el amor por la lectura y la expresión escrita.

Relatos de mi tierra no solo celebra el talento estudiantil, sino que también invita a las nuevas generaciones a reconocer el valor de sus raíces y a contar las historias que merecen ser recordadas.

Dirección Regional de Educación Cañas
Guanacaste, 2025

